

Era el 1.º de Enero en el año 633 de la fundación de Roma. Volábase la hermosa ley referente á la reconstitución de Cartago. Las votaciones habían tomado por aquel tiempo nefastos aspectos de guerras civiles, y Cayo deseaba con todo su corazón apaciguarlas. El Senado quería sacarlo del derecho, y se parapetaba tras el derecho Cayo como tras un inexpugnable reducto. A pesar de tales deseos, con armas acudieron sus partidarios, por haber acudido con armas también sus émulos. Antes de comenzar la votación, Opimio, cónsul, presentó en el templo superior capitolino las debidas ofrendas á los dioses, pero sin que lo solemne y religioso del acto consiguiera ningún recogimiento. Uno de los asistentes suyos, levantando las entrañas de las víctimas, distinguió en la concurrencia entre los hombres honrados y los hombres sin honor, distinción peligrosísima é insultante para los enemigos en estos ardores de las humanas pasiones que llegan á extravíos. Y no satisfecha la venganza natural suya con frases, amenazó con golpes. Y como un amigo de Cayo creyera que iba en sus alevosías á golpear á éste, atravesó las entrañas del irreverente, dejándolo muerto al pie del ara humeante. Fácil imaginar el tumulto que searmaría con tan fundado motivo. En este tumulto no fué mucho que Cayo hablara, y que al hablar interrumpiera mal de su grado á un tribuno de la plebe, interrupción calificada en aquel tiempo de crimen capital por viejos y olvidados estatutos. Solamente la noche puso treguas pasajeras á la discordia; pero la tregua se aprovechó para difundir en el ánimo de una crédula plebe sospechas insidiosas contra el republicanismo de Cayo, á quien delataban y acusaban de soñar con la realeza y el imperio para sí. Amaneció el nuevo día, y viéronse los templos convertidos en fortalezas, los cónsules en el foro, la cima del Capitolio guardada por arqueros crotenses, los senadores y los caballeros con sus cascos relucientes de pelea, sus escudos de defensa y sus espadas de ofensa. El Senado no parecía un cuerpo deliberante, parecía un ejército en armas. La cólera de los guerreros relampagueaba en los ojos de aquellos legisladores cuando tanto habían menester la celestial serenidad propia de las leyes. Graco y los suyos habíanse reunido en el monte Aventino, fortaleza de la plebe. Pero Graco había ido, no á la victoria, no; á la muerte. En su cabeza inclinada, en sus brazos plegados, en su melancolía sublime y su despojo de todo armamento, veíase, no al héroe combatiente, al resignado mártir. El Senado intimó á Graco la comparecencia. El tribuno contestó que mal podría comparecer cuando le condenaran tristemente sin oírle y le pusieran á la entrada de sus curias el cadáver de su contrario, acusándole de aquella muerte. Al oír esto, los senadores, los caballeros contrarios á Graco, asistidos por los cretenses mercenarios y por los clientes y por los siervos propios, dirigieron al Aventino con tal ímpetu, que antes de llegar habían degollado á doscientos cincuenta ciudadanos del partido contrario. Viendo el asalto de sus enemigos y la dispersión y el sacrificio de sus partidarios, Cayo se refugió en el templo de Minerva. La diosa en quien buscaba un refugio, le sugirió tristemente la idea de un suicidio. Iba el infeliz á perpetrarlo, cuando un

su amigo le desaconsejó tal acto, y le detuvo con fuerza, impetrando de su virtud que viviese para su pueblo. No le quedó más remedio sino pasar por el puente Sublicio á la orilla opuesta del río. Pero en aquel camino le persiguieron sus furiosos enemigos y mataron muchos de sus compañeros. Ya en la orilla derecha, metióse por el bosque de las Furias, perseguido de sus contrarios como el Orestes trágico de sus Euménides. En tan su premo trance no quiso que lo mataran, resignóse á morir cumpliendo el suicidio de que le apartaron. Un siervo, llamado, Euporo, modelo de criados ó esclavos fidelísimos, le acompañó hasta el postrer momento y le inmoló á su ruego. Cuando los enemigos llegaban, había expirado ya Graco, mientras Euporo se mataba por su propia mano y caía sobre su cuerpo. El Senado había prometido pagar la cabeza del tribuno á peso de oro. El perverso que la separara del tronco, ideó llenarla de plomo, aumentando su infame precio así. Tres mil plebeyos murieron ahogados en las prisiones aquella misma noche. Los altares y los templos á la Concordia quedaron demolidos. Proscribióse hasta el nombre de los Gracos.

Pues si las revoluciones políticas de los plebeyos trajeron tanto terror, y las revoluciones sociales de los Gracos, trájolo también la fundación del Imperio, los restablecimientos de la Monarquía en grado máximo. Era el período de transición entre la dictadura de César y la dictadura de Augusto. Llenábanlo tres dictadores conocidos en la Historia con el nombre de triunviros. Se habían repartido estos triunviros el mundo como tahullas de predio y sus enemigos como cabeza de ganado. ¡Cuán horrible la crueldad concentrada y sistemática de aquellos triunviros! Para borrar sus deudas, mataban á los acreedores; para sumar propiedades al propio peculio, mataban á los propietarios. Lo más cruel era que, dirigiendo cada cual un partido propio, tenían amigos y deudos, y hasta padres y hermanos, en los partidos contrarios. Antonio entregó un tío carnal á Octavio, y Lépido entregó un hermano de padre y madre: Octavio, por su parte, dió á Cicerón, al orador excelso que había puesto los últimos arreboles de aquella elocuencia maravillosa en torno de sus sienas. Hecho esto, como necesitaban pelear con sus tres enemigos, Bruto, Casio y Sexto en Oriente, resolvieron unánimes no consentir ningún enemigo en Occidente; degollarlos á todos. ¡Oh! Los historiadores cuentan cómo, al darse las sentencias de proscripción, se abrieron las tumbas, cual si bostezaran; se oyeron aullar los perros, cual si plañeran con anticipación las agonías de sus amos; se metieron los lobos del Apenino y de la Sabina en el recinto de la ciudad Eterna husmeando la carnicería; y los cuervos ennegrecieron en grandes bandadas con sus siniestros cuerpos las techumbres del templo de la Concordia. Un adivino etrusco, á quien llamaron para interpretar tamaños presagios, columbró venganzas de tal género, que, reteniendo el aliento para no vivir y no verlas, cayó muerto de asfixia en el sitio adscrito á los augurios. Un cierto Pedio llevaba las terribles listas de proscripción consigo, y, al saber que habían llegado, las gentes sollozaban por las calles, y gemían como los habitantes de las laderas del Etna cuando el volcán amaga con sus devastaciones y sus asola-

mientos. Cuál intensidad no tomaría el terror, que Pedio, joven, muy joven, murió el día posterior al de su llegada, presa de su fatiga y de su remordimiento. Señaláronse las cabezas que debían caer, y se dieron salarios, previamente presupuestos, á los degolladores. Todas las salidas por donde podían los destinados escaparse, quedaron cerradas; todos los caminos en aquella inmensa planicie quedaron guardados, cual si Roma estuviese asediada por un sitio. Imaginaos el perro que husmea la presa y rasca en la madriguera desasosegado por los efluvios que llegan á su olfato; imaginaos la hiena escarbando en los osarios para machacar entre sus dientes los cadáveres; pues peor aspecto presentaban aún aquellos días esbirros, sicarios, espías y asesinos.

Ruedan por doquier las cabezas segadas del tronco, y por doquier yacen los troncos separados de las cabezas. Hay quien, desesperanzado y suicida, corre á clavarse con mucho ánimo en el puñal de los inmoladores; pero también hay quien se recata y se refugia en los pozos, en los graneros, en los desvanes, huyendo de la muerte. No existe nada sacro para los proscriptores y los verdugos á la proscripción adscritos. Penetran á bandadas en los aposentos y aparecen los venenosos insectos producidos por la corrupción universal. Tras el asesino va el saqueador, tras el saqueador va el indendiario. Imaginaos las noches de aquellos á quienes les dicen conciencia ó memoria que deben aguardar una irrupción de tal género en su casa inscrita sobre los terribles registros de los triunviros. ¡Cómo el instinto de conservación lucharía en ellos con todos los demás instintos, infundiéndoles repugnancia invencible al dolor inminente y á la muerte cierta! ¡Cómo se despedirían de su familia, de su mujer, de sus hijos al anegarse, cual una inerte piedra, en el abismo de la eternidad, teniendo que separarse y dividirse tanto sus corazones como sus ideas! Varios, al saber que llegan los asesinos, se matan; otros los miran con la indiferencia que un buey al carnicero. Muchos cadáveres tienen junto á sí amigos ó deudos que los riegan con sus lágrimas; pero la mayor parte sólo tienen perros y buitres, cual si yacieran tendidos en el desierto y no en las calles de Roma. Un tribuno ha querido reunir la familia en cena de santa despedida confortándola con palabras de consuelo ó infundiéndole su propia serenidad en aquel supremo trance. Pues bien, los centuriones llegan con su faz lívida y su espada en el puño vertiendo sangre. Como todos los allí reunidos se alzarán á una con terror, el jefe de los sicarios mándales reasentarse con prontitud y les dice que no embaracen su oficio y no le desobliguen impidiéndole su deber. Seguidamente coge al padre de familia por el cabello, coloca la cabeza con cuidado sobre los tunteles, la siega de un golpe, y llevándosela, déjalos inmóviles, inertes, petrificados en tal manera, que se pasan la noche junto al descabezado cadáver, sin atreverse ni á huir, ni á respirar siquiera. El buen Apiano consagra páginas y más páginas de sus guerras civiles á contar estos hechos, los cuales compiten por su tristeza y por su miseria con todo cuanto de más horrible y siniestro guarda la pobre humanidad en sus ensangrentados anales. La naturaleza humana parece haberse perdido

y la conciencia universal parece haberse apagado. El corazón, hecho para los afectos que sustentan el fuego de la vida y la transmiten á cien generaciones, parecía trastocado en órgano de odio y de muerte. Cuando la sangre humeaba por todas partes, cuando los cadáveres insepultos y podridos envenenaban los aires, cuando se veían tan sólo por las calles de Roma perros y buitres llegados al festín que les diera la corruptora y asoladora tiranía, Lépido inventa una fiesta pública y dispone un regocijo universal, declarando reos de muerte á los entristecidos y llorosos. Imaginaos los huérfanos, las viudas, los padres destituidos de su prole y los muchos amenazados de muerte cuán alegres irían á estos espectáculos inventados en los refinamientos de una civilización que iba tocando ya en la más desatentada barbarie. Los niños, en su inocencia, en su candor, parecen á todos los tiempos y á todas las generaciones como seres sagrados. Pues en sus listas los pusieron aquellos déspotas, y á muerte los condenaron implacablemente sin piedad alguna. Uno entre tantos celebraba el día de su toga pretexta señalando con familiares alegrías, realizadas con los recursos de la religión y del arte. De pronto, cuando en procesión solemne con sus parientes, y amigos, y familiares, y siervos iba, le anuncian que se halla inscrito en las listas de proscripción y de muerte. A tal noticia los acompañantes huyen, la procesión se dispersa, el niño apela, como cuando le amenazan para pegarle, á sus pies y llama con presteza y estruendo á su casa. ¡Horror! La madre no quiere abrirle su puerta. El pobre muchacho corre á los montes, y sufre tal hambre, que baja desalado á los caminos. Aquí los bandidos le secuestran, y pasa tales penas, que vuelve á Roma y se rinde á los centuriones. Pues bien, un centurión lo degüella. Hubo quien se metió en los sudarios de los muertos y se dejó quemar vivo. Diéronse tales ejemplos, que no quisiéramos recordarlos por honra del humano linaje. Un joven que perdiera á su hermano, se arrojó al Tiber, y habiéndole salvado los pescadores tres veces contra su voluntad, los sicarios, delante de aquellas mismas almas piadosas y caritativas, lo descabezan. Algunas esposas, cansadas de su matrimonio, delataron á sus esposos. Cierta patricia, viendo llegar á su mujer á la cabeza de una turba de asesinos para matarle, se suicidó, maldiciéndola y rompiéndose el cráneo contra las piedras mismas de aquel hogar maldito. Otra delatora, como quiera que su marido estuviese á punto de irse y de salyarse, retúvole con sus caricias para que llegasen los sicarios. ¡Ah! El papel representado por Fulvia en estas tristes tragedias no puede tener excusa, como no tiene quizá ejemplo y nombre. Las clases ricas padecieron más aún que las clases pobres; primero por senatoriales y amigos del Senado; después por pudientes que dejaban oro en aquellas manos tintas de sangre. A las proscripciones, á las matanzas acompañaron la confiscación universal. Pero con tantas propiedades en el mercado y tan pocos adquirientes ó compradores, tierras y casas cayeron á una, en precio vil. Así arbitraron, como buenos arbitristas; citar las mil trescientas matronas más ricas de la ciudad para investigar y traer al acervo común de la tiranía sus riquezas. Viéndose

amenazadas de tal despojo apelaron á las postreras prácticas del derecho de reunión que aun quedaban en la república expirante y expidieron comisiones á la madre de Octavio y á la esposa de Antonio. La madre de Octavio las recibió, pero Fulvia no quiso recibirlas, sedienta, como su esposo, de oro y sangre. Un rayo de caridad iluminaba con tal motivo esta carnicería, probando cómo el pueblo hubiera salvado su libertad y su república de haberlo querido. Congregados los triunviros en tribunal fueron á ellos las mil trescientas damas en procesión. Y aquellos avaros asesinos, que saqueaban y mataban con implacable indiferencia, no querían oírlas; pero se movió el pueblo á compasión hacia las mujeres y á ira contra los tiranos hasta el punto de obligarles á desistir en su empeño. Así, con toda esta podre al pie, brotó la tiranía en el mundo.

Pero Fulvia no creía su victoria completa mientras la palabra de Cicerón pudiese vibrar en los aires. Todas cuantas satisfacciones podía en su favor apetecer, todas le procura la fortuna. Dominaba con dominio imperiosísimo sobre Antonio, y le movía según su arbitrio, soberana por completo de aquel cambiante albedrío. Así colmó á un tiempo su ambición política y su codicia casera. Para mayor felicidad suya, los veteranos de Antonio, de Lépido y Octavio, acordándose cómo la muerte prematura de Julia, hija de César trajera la enemistad irreparable de este gran general con su yerno Pompeyo, proclamaron la necesidad imprescindible de reunir á los triunviros en familia, por medio de matrimonios, é impusieron á voces, con amenazas, blandiendo los instrumentos de combate y exterminio, el enlace de la hija engendrada por Clodio en Fulvia con Octavio; y, bien ó mal de su grado, tuvo que casarse Octavio, hijo y heredero de César, con la esposa que le impusieron á gritos las legiones. Pero nada quería Fulvia como su venganza de Cicerón. Conociéndolo el miserable Octavio, que se hallaba por tantos deberes obligado á la defensa del orador, no intentó ninguna resistencia. Cicerón se hallaba por estos momentos en su casa de Túsculo. Pocos espacios tan hermosos por la solemnidad y por la grandeza. Los montes Apeninos á la espalda; Tibur á un lado con sus templos y sus cataratas; á otro lado Albano con sus lagos y con sus jardines, al pie, aquel campo de Anibal, ungido por tantos recuerdos y poblado de tantas sombras; en lo lejos, en las amplias perspectivas, la campiña romana; y nadando entre los arreboles de un aire multicolor, cargado siempre de tintas varias y hermosísimas, Roma, la inmensa Roma, con sus varios monumentos y su diadema de glorias. Allí, allí pensara Cicerón sus altas concepciones académicas y estudiara libros espiritualistas en que todavía se aprende hoy la elocuencia del alma y la sobrehumana religión del pensamiento. Estaba con su hermano Quinto, que traicionó la República y fué amigo de César. Pero, ¿quién se acordaba en estos instantes últimos de tamaños hechos, y quién podía castigar una corrupción que llegaba con sus cánceres al seno de la propia familia? Ya en Roma estaba perdida la libertad, y Cicerón y Quinto salían de Túsculo requiriendo la costa para encontrar amiga nave que los condujese ó bien á Siria,

ó bien á Macedonia, ó bien á Sicilia, donde se hallaban los últimos republicanos. Escogieron, pues, para embarcarse ambos, el sitio denominado de Astura, donde Cicerón tenía otra quinta. Iban de camino en dos literas, departiendo acerca de su propia desgracia y de las desgracias patrias. Pero en esto se acuerdan de que no llevaban dinero alguno para la travesía. Tuvo que volver Quinto á Roma en busca de los recursos. ¡Infeliz! Nunca lo hubiera hecho. Reteniéndole allí la necesidad algunos días, encontróse con su hijo mayor, y sorprendidos ambos por sicarios, no hay para qué decir cómo lo pasarían cuando Antonio y Fulvia acababan en sus furores de condenar y demoler hasta la casa misma del orador en Roma. Quinto quiso morir por su hijo y el hijo morir por su padre. Pedía éste que se le ahorraran el dolor de ver morir á quien destinó en su amor para cerrarle los ojos, y aquél pidió que le ahorraran la orfandad. Los crueles asesinos declararon, riendo y burlándose, que los pondrían de acuerdo. Y, en efecto, piadosamente mataron á los dos. ¡Horrible crimen para la tiranía pertenecer á una familia tan ilustrada en los anales de la libertad y llevar nombre tan imperecedero como el nombre de Cicerón! Este llegó á la orilla del mar y hasta pudo embarcarse. Favorable brisa le llevó, bajo aquel cielo y sobre aquellas aguas azules, hasta el hermosísimo cabo Circeo, convidándole á morir con la intensidad infinita de luz y con la exuberancia increíble de rebosante y extraordinaria vida. Pero la soledad completa, cuando tan habituado estaba en el movimiento de los años á la comunicación pública y privada con todo el mundo, le aterró. La ilusión de que no podían atreverse á tanta grandeza y á tanta gloria como llevaba consigo; el deseo aún de mover al traidor Octavio, como si las entrañas de un tirano á ninguna persuasión pura pudieran moverse, ni mucho menos rendirse bajo ninguna grandeza intelectual ó moral; hasta los mareos mismos causados por los ayunos de su cuerpo y las tribulaciones de su alma en mar tranquilo y sereno, le impelieron al regreso y le granjearon el martirio. Anochece cuando desembarcó para volver á la quinta. En aquellos días atravesaban las delaciones, como siniestros fuegos fatuos, todas las campiñas y todas las costas romanas. Plutarco, en su artístico afán de relacionar los hechos humanos con los hechos naturales y la sociedad con el universo, cuenta cómo los buitres, husmeando ya el cadáver de Cicerón, iban al palo de su buque, al techo de su casa, castañeteaban á una sus picos resonantes muy adversos y muy siniestros augurios. Desesperanzado ya de todo, rendido irremisiblemente al peso de la fatalidad, conforme con acabar como le anunciaron siniestras sombras y terribles amagos, suplicó al Destino le prestara indiferencia por todo, á fin de morir tranquilo sobre la tierra por él en otro tiempo salvada y que solamente le ofrecía tristes desengaños. Los domésticos no quisieron oír estas insistentes súplicas; noticiosos de cuanto pasaba en las cercanías, atisbando todos los objetos, oliendo y husmeando todos los presagios, juramentáronse para salvarlo y redimirlo á la sentencia que pesaba sobre su cabeza, hasta llevarlo como quien lleva un objeto inerte y expedirlo á Grecia, con lo